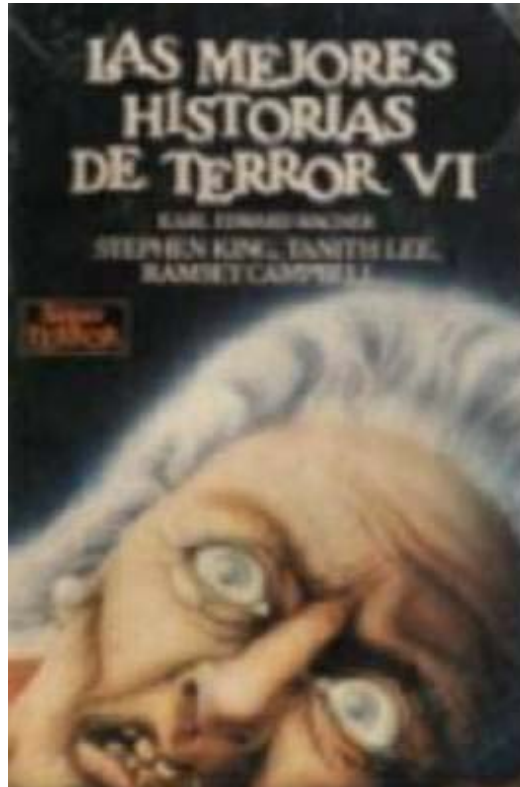


Las Mejores Historias De Terror VI



Karl Edward Wagner
(Recopilador)

Título original: The Year's Best Horror Stories VI

Traducción: Frederic Manuel Hernandez

© 1984 by Daw Books Inc.

© 1986 Ediciones Martínez Roca S.A.

Gran vía 774 - Barcelona

ISBN: 84-270-1054-0

Edición digital: Sugar Brown.

A Robert S. Hadji

Ponderado por muchos, extraños y curiosos

Volúmenes de olvidadas tradiciones.

ÍNDICE

Introducción: Caprichos y temores, por Karl Edward Wagner.

El camión del tío Otto (Uncle Otto's Truck), por Stephen King ©1983.

Las 3.47 de la madrugada (3.47 AM), por David Langford © 1983.

Mistral (Mistral), por Jon Wynne-Tyson ©1983.

Allá en África (Out of Africa), por David Drake ©1983.

El mural (The Wall-Painting), por Roger Johnson ©1983.

El recuerdo (Keepsake), por Vincent McHardy © 1983.

Ecos (Echoes), por Lawrence C. Connolly ©1982.

La hija del ventrílocuo (The Ventriloquists Daughter), por Juleen Brantingham ©1983.

Ven a la fiesta (Come to the Party), por Francés Garfield ©1983.

A la espera (Just Waiting), por Ramsey Campbell ©1983.

Elle est trois (la mort), (Elle est trois (la mort)) por Tanith Lee ©1983.

El videojuego (Spring-Fingered Jack), por Susan Casper ©1983.

El flash (The Flash! Kid), por Scott Bradfield ©1983.

El hombre con piernas (The Man with Legs), por Al Sarrantonio ©1983.

Autorizaciones

INTRODUCCIÓN: Caprichos y temores

Se comenta que la popularidad de los relatos y películas de terror ha llegado ya a su cota más alta y que los editores están buscando un nuevo género para atraer el voluble interés de los lectores. Sin embargo, una aseveración más ajustada sería decir que el interés por los relatos modestos ya ha sido satisfecho y que los lectores desean narraciones más sofisticadas. El público ha empezado a perder el interés en las películas y las novelas de larvas gigantes deglutiendo una ciudad o de adolescentes poseídos, que pervertían a su vez a otros adolescentes. Los lectores se han visto afrentados por tanta basura servida como terror; ahora solicitan algo mejor.

Afortunadamente, la presente antología supone una respuesta apropiada para toda esta demanda continua de alta calidad en la narrativa de terror.

Ahora tiene en sus manos catorce relatos representativos de lo más selecto que ha dado la cosecha en el terreno del terror. Esta colección es el resultado de un año de trabajo, leyendo cientos de relatos publicados en libros y revistas de todo tipo en los Estados Unidos y en Europa, para poder seleccionar lo mejor entre lo mejor. Muchos de los autores cumbre en el terreno del terror están aquí representados, pero además se han incluido algunos trabajos excepcionales de autores noveles. La mayoría de estos relatos aparecieron por primera vez en grandes colecciones o en revistas especializadas y de gran tiraje; otros, en publicaciones desconocidas o en fanzines de serie limitada.

También se hallan aquí representados todos los estilos de la narrativa de terror: tradicionales, new wave, históricos, contemporáneos, psicológicos, de ciencia ficción, de la tendencia dominante en la actualidad. Por encima de todo, el criterio selectivo estuvo basado en destacar la excelencia del relato.

Por otra parte, la presente antología ha sido elaborada pensando tanto en los lectores recién llegados al género como en sus más sofisticados conocedores; se trata de la colección más actual, acerca de lo mejor, para aquellos que esperan lo mejor.

De modo que acomódense y disfruten LAS MEJORES HISTORIAS DE TERROR VI. Catorce relatos cuidadosamente escogidos para proporcionarles las mejores pesadillas.

Y mientras los leen, yo estaré ocupado investigando entre los relatos de última hornada, a fin de poder presentarles la próxima antología. Será mejor que reserven algunos tranquilizantes para la próxima vez.

KARL EDWARD WAGNER

El camión del tío Otto

Stephen King

Stephen King es probablemente el escritor del género más conocido, gracias a un impresionante número de novelas de éxito: *Carrie*, *Salem's Lot*, *The Shining* (El resplandor), *The Stand* (La danza de la muerte), *The Dead Zone* (La zona muerta), *Firestarter* (Ojos de fuego), *Cujo*, *Christine*, *Pet Sematary...*, muchas de las cuales han sido llevadas al cine.

De todas formas, la suerte tardó en llegarle; King empezó a escribir a los doce años, y ya por aquel entonces intentaba vender sus relatos breves. En su época universitaria sus dos primeras ventas le proporcionaron un total de 65 dólares. Mientras trabajaba en una lavandería por 60 dólares a la semana — antes de su empleo como profesor en una escuela superior por 6.400 dólares al año—, King vendía relatos a revistas masculinas, sobre todo a *Cavalier*. Los cheques eran de poco valor y espaciados, pero como King recuerda: «Un cheque significaba la posibilidad de que mi esposa y yo pudiésemos comprar antibióticos para el oído enfermo de nuestra hija». Determinación —y talento— prevalecieron. Desde la publicación de *Carrie* en 1974 King puede mantener a su familia, y a sí mismo, con la escritura.

Nacido el 21 de septiembre de 1946 en Portland, Maine, King ha resistido todas las tentaciones de abandonar el estado que más ama, y en el que vive habitualmente con su esposa Tabitha —también escritora— y con sus hijos, en una enorme casa de estilo Victoriano en Bangor. A los amantes de los relatos breves de King les alegrará saber que está reuniendo una colección con sus relatos de terror más recientes, y que se titulará *Skeleton Crew*. El camión del tío Otto refleja una reciente historia que aconteció a King en el condado de Maine. Y puntualiza asimismo el hecho de que King se está convirtiendo en un importante narrador regionalista.

Para mí representa un gran esfuerzo, y al mismo tiempo un desahogo, el poder transcribir todo esto.

Desde que encontré a mi tío Otto muerto no he podido dormir, e incluso ha habido días en que creí que me había vuelto loco. Y por otro lado, todo sería más agradable de no haber tenido este objeto aquí, en mi estudio, donde puedo observarlo, cogerlo o estrujarlo, si así lo deseo. No, no quiero hacerlo; no quiero tocarlo. Pero a veces uno actúa en contra de su deseo.

Si no lo hubiese sacado de aquella casita de una sola habitación al huir de allí, podría convencerme de que todo había sido una alucinación, el reflejo de un cerebro agotado y sobreexcitado. Pero está aquí. Interfiere la luz. Tiene peso. Puede ser sostenido en la mano.

Todo sucedió de verdad, ¿sabéis?

La mayoría de los que leéis estas memorias no os las creeréis, a no ser que os suceda algo parecido.

Todo cuento de intriga debe tener un origen ignoto, o un secreto. Éste tiene ambos. Permittedme, ante todo, que empiece relatándoos cómo mi tío Otto, que había sido distinguido con la insignia Castle County, llegó a pasar los últimos veinte años de su vida en una casita de una sola pieza, sin agua corriente, a las afueras de un pueblo pequeño.

Otto nació en el año 1905, y era el mayor de cinco hermanos. Mi padre era el más joven de los hijos de los Schenk, y había nacido en 1920; por eso mi tío Otto siempre me pareció muy viejo, especialmente porque yo era el más joven de los cuatro hijos de mis padres; nací en 1955.

Al igual que muchos otros industriales alemanes, mis abuelos llegaron a los Estados Unidos con algún dinero. A mi abuelo, que se estableció en Derry a causa de la industria maderera, de la cual entendía algo, le fue muy bien, y sus hijos nacieron en circunstancias favorables.

Mi abuelo murió en 1925. El tío Otto, que entonces tenía veinte años, fue el único heredero. Se mudó a Castle Rock y empezó a especular a lo grande. En los cinco años siguientes hizo una gran fortuna, negociando con las tierras y con la madera. Se compró una gran casa en Castle Hill, tenía criados, y gozaba de la envidiable situación de ser un joven relativamente atractivo (el calificativo de «relativamente» era a causa de sus gafas) y además el soltero más solicitado del pueblo. Se conservó soltero toda su vida.

La quiebra del mercado maderero en 1929 le afectó muy seriamente. Conservó la casa en Castle Hill hasta 1933, y luego la vendió; una gran extensión de terreno boscoso había salido a la venta y él quería comprarla a toda costa. El terreno pertenecía a la New England Paper Company.

La compañía New England Paper todavía existe en la actualidad, y si deseais adquirir acciones de esta empresa os diría: «¡Adelante!». Pero en 1933 la compañía ofrecía grandes extensiones de terreno a precios de liquidación por incendio, en un último intento para permanecer a flote.

¿Cuánto terreno quería mi tío? El acuerdo original, el hecho fabuloso, se ha perdido, y las cuentas difieren, pero en todos los documentos se habla de más de dieciséis millones de metros cuadrados, la mayoría de los cuales se hallaban en Castle Road, pero en su totalidad se extendían desde Waterford

hasta Sweden. Cuando el trato fue roto, la New England Paper ofrecía el terreno a seis dólares los mil metros cuadrados si —y aquí estaba el truco— el comprador lo adquiría todo.

Eso suponía un total de casi cien mil dólares. El tío Otto no los tenía, y aceptó un socio, un yanqui llamado George McCutcheon. Hoy en día los apellidos Schenk y McCutcheon son bien conocidos en las ciudades de Nueva Inglaterra, y la compañía Schenk and McCutcheon extiende sus dominios desde Central Falls hasta Derry.

McCutcheon era un hombre fornido, con una gran barba negra, y como mi tío, también llevaba gafas. Su padre y mi abuelo habían sido grandes amigos; el tío Otto había conocido a McCutcheon como resultado de esa amistad. Y al igual que mi tío, su socio había heredado una gran fortuna. Debió de ser una respetable cantidad, puesto que él y el tío Otto pudieron realizar juntos la compra de los dieciséis millones de metros cuadrados, sin ningún problema. Su asociación duró veintidós años —hasta el año en que yo nací—, y durante ese período todo lo que el negocio les deparó fue prosperidad.

Sin embargo, todo empezó con la compra de los dieciséis millones de metros cuadrados, que se extendían a lo largo de tres municipios al oeste de Maine. Ambos se dedicaron a explorar esa inmensidad en el camión de McCutcheon. Cruzaban las pistas forestales y los senderos para los camiones madereros, avanzando en primera la mayor parte del tiempo, superando vaguadas y remontando obstáculos. Ambos se turnaban al volante. Dos hombres jóvenes se habían convertido en terratenientes, en las oscuras simas de la gran depresión.

No estoy seguro de dónde había conseguido McCutcheon su camión; tampoco importa demasiado. Era un Cresswell, una marca que ya no existe. Tema una espaciosa cabina pintada de un rojo chillón, anchos estribos y arranque eléctrico. Si fallaba el arranque eléctrico se podía utilizar la manivela, aunque era muy fácil romperse un hombro al intentarlo, si no se tenía mucho cuidado, pues la palanca solía retroceder bruscamente. La plataforma del vehículo tenía ocho metros de largo, y llevaba barras a ambos lados. Pero lo que recuerdo con mayor intensidad de aquel camión era su morro, que al igual que la cabina era rojo como la sangre. Para acceder al motor había que extraer dos paneles metálicos, uno a cada lado. El radiador era tan grande como el pecho de un hombre vigoroso. Ciertamente, se trataba de un objeto monstruoso y desagradable.

El camión de McCutcheon se estropeaba, y era reparado; se averiaba de nuevo, y volvía a ser reparado. Pero cuando el Cresswell se estropeó definitivamente, lo hizo de manera espectacular. Sucumbió como aquella maravillosa calesa tirada por un caballo del poema de Holmes, de golpe.

McCutcheon ascendía, junto con el tío Otto, la carretera del Black Henry un día del año 1953. Según admitió después mi tío, ambos estaban «absolutamente borrachos». El tío Otto, que en aquel momento iba al volante, se dirigió hacia las colinas Trinity. Ebrio como estaba, se olvidó de reducir la velocidad al

descender por el lado abrupto de la ladera. El viejo motor del Cresswell se sobrecalentó. Ni el tío Otto ni McCutcheon vieron la aguja roja superar la zona amarilla a la derecha del marcador. En la base de la colina hubo una explosión tal que elevó los rojizos flancos del motor cual alas de dragón. El tapón del radiador voló en el cielo estival. El vapor se elevaba en un potente chorro. El aceite bullía empapando las juntas. Mi tío pisó el pedal del freno, pero el Cresswell había desarrollado en el último año la mala costumbre de ir perdiendo líquido de frenos, y el pedal se hundió hasta el suelo. No podía ver por dónde iban, y se salió de la carretera. Al principio cayeron en una zanja, y después fuera de ella. De haber estallado el Cresswell, todo habría estado bien. Pero el motor siguió en marcha; primero explotó un pistón, y luego dos más, igual que petardos el día de san Juan. Uno de ellos, según comentaba el tío Otto, perforó la puerta de su lado, que se había abierto, dejando un agujero por el que fácilmente podía pasar un puño. Acabaron en un campo de heno. De no haber estado el parabrisas completamente cubierto de aceite, habrían disfrutado de una espléndida vista de las White Mountains. Así acabó el Cresswell; nunca más salió de aquel campo, por supuesto propiedad del tío Otto y de George McCutcheon. Los dos hombres, considerablemente sobrios tras la experiencia, salieron para examinar los desperfectos. Ninguno de ellos era mecánico, pero no había necesidad de serlo para comprobar que la herida era mortal. El tío Otto estaba consternado —o así se lo dijo a mi padre—, y se ofreció a pagar el camión. George McCutcheon le contestó que no dijese tonterías. De hecho, McCutcheon estaba en éxtasis. Había echado una mirada en torno, al campo y a las montañas, y había decidido que aquél era el lugar apropiado para construir su casa cuando se retirase. Así se lo contó al tío Otto, en un tono normalmente reservado para las conversaciones religiosas. Regresaron juntos a la carretera y de allí a Castle Rock en el camión de la panadería Cushman, que pasó por allí casualmente.

McCutcheon le dijo a mi padre que había sido la voluntad de Dios; había estado buscando un lugar apropiado donde asentarse definitivamente, y allí había estado todo el tiempo, en la pradera que cruzaban tres o cuatro veces por semana, sin echarle siquiera una ojeada. La voluntad divina, repitió, ignorando que él mismo iba a morir en ese campo dos años más tarde, chafado bajo el morro de su propio camión, que pasó a ser del tío Otto cuando George murió.

McCutcheon pidió a Billy Dodd que le ayudara con su camión grúa para mover el Cresswell y ponerlo de cara a la carretera. Así podría verlo, decía, cada vez que pasase por allí. Y cuando fuese definitivamente retirado, haría que el constructor excavase en el lugar que había ocupado el camión la bodega de su futura casa. McCutcheon era algo sentimental, pero no era un hombre que dejase que los sentimientos se interpusieran en el camino del dinero. Cuando un especulador llamado Baker vino un año más tarde y le ofreció la compra de las llantas y los neumáticos del Cresswell, aduciendo que teman la medida correcta para reparar su vehículo, McCutcheon tomó sus 20 dólares como un rayo. Y eso que, según recuerdo, tenía por aquellos tiempos una fortuna cercana al millón de dólares. También le pidió a Baker que antes de llevarse las ruedas construyera una plataforma elevada para el Cresswell. Decía que no le

agradaba la idea de pasar por allí y ver el camión en el suelo, hundido y rodeado de heno, cual una ruina cualquiera. Baker así lo hizo.

Un año más tarde, el Cresswell se liberó de sus soportes y cayó, aplastando a McCutcheon. Los viejos narradores cuentan la historia con cierto retintín. Siempre la concluyen añadiendo que confían en que George McCutcheon disfrutase los 20 dólares que recibió por aquellas ruedas.

Yo crecí en Castle Rock. Cuando nací, mi padre trabajaba para Schenk and McCutcheon. El camión que había sido de George McCutcheon y acabó siendo de mi tío Otto (al igual que el resto de sus pertenencias) suponía un hito en mi vida. Mi madre era cliente de Warris, en Bridgton, y la carretera de Black Henry era el camino para ir allí. Por lo tanto, cada vez que íbamos, allí estaba el camión, con las White Mountains al fondo. Ya no se elevaba sobre una plataforma —el tío Otto había dicho que con un accidente había suficiente—, pero el simple recuerdo de lo acontecido bastaba para que un chico como yo, de pantalones cortos, sintiese un escalofrío.

El camión permanecía siempre allí. En verano; en otoño, cuando los robles y los olmos llameaban en los límites de los sembrados cual antorchas; en invierno, cuando ráfagas de viento helado soplaban por la carretera y nubes de polvo lo envolvían, y con sus faros como ojos saltones parecía un mastodonte forcejeando en arenas movedizas; y en primavera, cuando los campos se empapaban con las lluvias de marzo, y yo me preguntaba cómo no se hundía en el lodazal. De no haber sido por la sólida base de roca que lo sustentaba, seguramente habría desaparecido. Sin embargo, a lo largo de todas las estaciones del año, allí permanecía.

Una vez, incluso llegué a subirme a él. Un día, mi padre se paró en el arcén, cuando íbamos a la feria de Fryeburg, me tomó de la mano y me dejó en el campo junto al camión, sin saber el mucho miedo que yo le tema. Yo había leído las historias que contaban de cómo se había deslizado hacia delante cual una silenciosa y peligrosa bestia y había aplastado al socio de mi tío. Había oído esos cuentos sentado allí, en la barbería, callado como un ratón detrás de un ejemplar de Life; había oído a los hombres narrar cómo había sido aplastado, y decir que confiaban en que el viejo George hubiese disfrutado de aquellos 20 dólares que recibió por las ruedas. Uno de ellos —debió de ser Billy Dodd, el viejo loco padre de Frank— dijo que McCutcheon había quedado «como una calabaza chafada por una rueda de tractor». Esta imagen frecuentó mis sueños durante meses. Pero mi padre, por supuesto, no tenía ni idea de ello. Él pensaba que me gustaría entrar en la cabina de aquel viejo camión; había notado la manera en que yo lo observaba cada vez que pasábamos por el lugar, y confundió, supongo, mi temor con una admiración que yo estaba lejos de sentir.

Recuerdo los dorados tallos del heno, su brillo pajizo al ser mecidos por las brisas del mes de octubre. Recuerdo el sabor grisáceo del aire, un poco amargo, algo áspero; y el tono plateado de la yerba muerta. Recuerdo el susst susst de nuestros pasos. Pero lo que más recuerdo es su silueta creciendo y creciendo, el radiador rugiendo feroz al mostrar los dientes, el color rojo sangre

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

